

Cartas inéditas de Vicente Aleixandre

Es sabido que la correspondencia de Vicente Aleixandre (1898-1984), está todavía por editar en su mayor parte. Contamos con un volumen excelente, pero antologado, que contiene cartas dirigidas a José Luis Cano (Epistolario, Alianza Tres, 1986), pero Aleixandre ejerció la epistolografía desde joven, con una amplitud y continuidad que hubieran despertado la admiración de su coetáneo de generación Pedro Salinas, el gran defensor entre nosotros del género epistolar y él mismo un gran autor de cartas. Cuando se publique una buena parte de las cartas de Aleixandre podremos tener una imagen más cabal del poeta de Velintonia. Todavía se nos impone una visión demasiado simplista de un hombre y un poeta que alimentó los detalles y en el que se adivinan una mayor complejidad y contradicción vital. Además, necesitamos una biografía de Aleixandre, que deberá ser, sin duda, una historia tangencial de varios períodos de la literatura española.

Las cartas que exhumamos en este número de Cuadernos Hispanoamericanos fueron escritas por Aleixandre desde el final de la Guerra Civil española, exactamente desde 1939, a 1960. Creemos que no son todas las cartas que Aleixandre envió a Emilio Niveiro, pero son las que, por ahora, hemos podido disponer. Aunque algunas de ellas son muy circunstanciales y otras son ajenas al mundo propiamente literario, se trata de las cartas de un escritor a un amigo que comenzó como crítico en El Sol y que luego fue apartándose de la literatura aunque sin abandonarla del todo. Emilio Niveiro Díaz (Talavera, 1919-1993) conoció a Aleixandre en la primavera del 36. Contaba entonces diecisiete años, ejercía la crítica literaria y era amigo de escritores de la época y conocido de algunos de los famosos del 27, como atestiguan algunas referencias de sus cartas y los libros dedicados existentes en su biblioteca.

¿Qué valor tienen estas cartas para la biografía de Aleixandre? Vario, sin duda. En primer lugar hay cuestiones puntuales relacionadas con la escritura y publicación de sus libros, e incluso la confesión de un verso robado que se encuentra entre su poesía. Hay más, que aparece en primer plano y que hay que leer de manera oblicua: su situación política y moral al finalizar la guerra. Emilio Niveiro Díaz, cuando se conocieron, era camisa azul,

Aleixandre había sido republicano y habría de ser defensor de la vuelta a la democracia. Niveiro era y fue siempre católico; Aleixandre, agnóstico. Sin embargo, a pesar de que el tiempo los fue separando, no dejaron de ser amigos, y siempre hay, más que una identificación con el transcurrir del tiempo, una nostalgia del tiempo fundador de aquella amistad.

Al publicar estas cartas, con el consentimiento de su viuda, Pura de Niveiro, queremos contribuir (e incitar a otros) al ahondamiento de la personalidad de Vicente Aleixandre, simplificada por la hagiografía o la indiferencia. Por último, deseáramos dedicar esta edición a la memoria del sobrino del corresponsal de Aleixandre, Emilio Niveiro Miñana (1960-1996), que no llegó a ver estas cartas publicadas.

Juan Malpartida

Miraflores, 7 de agosto 1939¹

Año de la Victoria

Querido Emilio: Hace días que pienso escribirte. Te veo con la imaginación sonriente, envuelto en tu magnífico uniforme flamante, correctísimo, como te vi el último día, o como en los anteriores, con tu camisa azul, brazos al aire, pelo revuelto y una palabra pronta y una risa o sonrisa alegre, en medio de nuestras grandes tiradas de conversación. ¡Bravo Emilíto! Te echo mucho de menos, aquellas tardes nuestras allá en la terraza, tardes de inspiración en medio de la estupenda atmósfera que creábamos.

¿Qué te haces ahora, Emilio? A lo mejor andas muy atareado, pues creo recordar me dijiste te habían ascendido. ¿Viste al humano de Cossío²? Hoy han venido aquí una porción de camisas azules a pasar el día en el Puerto, al sol y al aire de la montaña. Yo he visto las formaciones primero en la misa del pueblo y después en el desfile con cánticos. De pronto me acordé de ti. Iban también algunos de tu edad mandando a otros más jóvenes de las organizaciones. Qué bien hacía el brío y la gracia fuerte, las voces juveniles, la marcha serpenteante por el camino alto, en medio de un sol espléndido, de un aire fresco de Sierra clarísima y sobre un paisaje castellano que se dilatava veladoramente. Me acordé también de Cayetano³ Me hubiera gustado veros por aquí. ¡Qué aliento de plenitud me oreó la frente, de poesía exaltadora, de magníficas fuerzas vitales en este jubiloso día de verano suave!

¹ Esta carta fue publicada por mí en la revista *Vuelta (México)*, núm. 228, 1995.

² José María Cossío, erudito y crítico, Valladolid, 1892-1977.

³ Probablemente, Cayetano Aparicio, poeta muerto tempranamente.

Pero no estábais ninguno de los dos. Tú ahí en Madrid seguramente, en el tren o en sitio semejante, o con tu tío, o qué sé yo dónde; él, Cayetano, en Salamanca, orillas del Tormes, donde me lo figuro entre álamos blancos, escuchando el crujir de la espuma del río, rodeado de invisibles náyades renacentistas, en su soledad de poeta silencioso.

Tú, ¿con quién andas, Emilito? Con dos chicas del bracero te vi la última vez ¿te acuerdas?, en la Carrera de San Jerónimo, cuando desde la acera opuesta me saludaste con tu brazo yendo yo con Dámaso. Para mí había sido un día muy lleno, con comida fuera de casa con Dámaso y una Eva⁴ rubia y madura (Eva por el nombre, no por lo tentadora). Quise, en aquel Café soñoliento, que te quedaras con nosotros; la tarde aún era joven y se podían emprender muchas cosas. Pero tú, enfundado, flamante, peínadísimo, ultracorrecto, tenías una cita con Don Pedro⁵ y después de una charla ligera y un saludo urbano para Dámaso, te desligaste casi ingrávido en busca de Don Pedro. Al cabo de una hora, el Don Pedro debió de quedar (metafóricamente) como muñeco de guiñol arrugado y tirado en un rincón de su despacho, y tú como Arlequín de guiñol saliste con dos Colombinas del brazo por una Carrera de San Jerónimo de tabladillo, donde yo te vi pasar y casi te aplaudí como si fuera un mutis.

¿Por dónde andas, qué haces, con quién te ves, qué colombinas paseas? Dime también sobre tus trabajos. Me interesa todo lo tuyo. Ayer escribí a Rafael⁶, al que supongo gordo, devorando inimaginables meriendas. También he escrito a Cayetano; qué estupendo si destinaran a su hermano a Madrid y le tuviéramos a él aquí. Le decía yo que el curso próximo estaríamos a lo mejor reunidos tú, Rafael, él y yo, y que sería magnífico.

Ayer tuve carta de Cossío, desde Tudanca. Allá es feliz en medio de sus aldeanos —eso me dice— y en su espléndida e intacta biblioteca. La bestia roja le destruyó en cambio la hermosa y antigua capilla de su vieja Casona. Supongo que habrá escrito o hablado de ti a su hermano Paco. ¿Has ido a verle?

Como te he dicho, me paseo por este campo, en paseos cortos, claro, pero lo bastante para sumergir el espíritu en este paisaje que tira del alma hacia lo infinito, y para ceñirme a la tierra, de donde hacía años estaba despegado y lejos. Tú que me conoces bien, sabes lo que yo nece-

⁴ *Eva Seifert, hispanista alemana y amiga suya desde los años veinte hasta la muerte de ésta.*

⁵ *Pedro Sáinz Rodríguez (1897-1986). Fue ministro de Educación Pública del primer gobierno de Franco (1938). Terminada la guerra civil se marchó a Portugal donde fue consejero de Don Juan de Borbón.*

⁶ *Rafael Morales (Talavera, 1919), poeta y profesor. Publica los Poemas del toro (1945) en la colección Adonais. Posteriormente, El corazón y la tierra (1946), Los desterrados (1947) y Canción del asfalto (1954), entre otros libros.*

sito este amor de la tierra, que es como sangre mía para mí, vida y totalidad del ser en plenitud casi cantable.

¿Qué más, Emilio? Leo, me acuerdo de los amigos, recupero las perdidas fuerzas. Fernando, mi sobrino, me escribe desde Valencia. Trabaja allá y se acuerda de ti: eso me dice y me manda recuerdos. Leo el *Manolo* de F. de Cossío⁷, la *Antología poética del Alzamiento*; la *Corona de sonetos a José Antonio*⁸... Pero en otra carta hablaremos de libros. Ahora te toca a ti escribirme. Vuélcate como siempre y como quieras. —¿Se arreglaron ya los asuntos de tu abuelo?— Dime lo que tú quieras —amor, vida, poesía, trabajo, ilusiones...— Pon lo que quieras. Como yo digo siempre: la imaginación manda. Tú sabes la alegría que siempre, en todo tiempo, me da recibir tu voz, alegre o seria, como salga del corazón.

¿Has vuelto por tu pueblo?

Para mis señas, basta mi nombre y el del pueblo y provincia: Miraflores de la Sierra (Madrid). Por aquí estaremos, probablemente, hasta fines de septiembre.

¡Adiós, adiós! Hasta la tuya, te envío un estrecho abrazo.

Vicente.

Miraflores, 27 agosto 1939. Año de la Victoria.

Mi querido Emilio: tengo conmigo tu carta deliciosa y he esperado unos días a escribirte para dar lugar a que regreses de tu pueblo adonde me decías te ibas con objeto de ocuparte de la cosecha.

¿Cómo ha ido esa recogida y siega? ¿Abundancia? ¿Escasez? Qué lástima no tener influencia con la diosa Parusia⁹ o la madre Ceres, para que la tierra ubérrima te hubiera recibido con un alborotado mar de espigas, espeso y profundo, capaz de anegarte en oro trigueño y de volverte loco de entusiasmo. Pero no es uno más que un mísero mortal, y tiene que limitarse uno a desear, a desear siempre y a expresar tan buenos y tan estériles deseos. En fin, Emilito, que ya me dirás como te ha ido por allá y si la realidad te ha consolado un poco de las pocas esperanzas puestas en ese mar de trigo. Dime si al fin fue mar o fue un modesto arroyo.

Tu carta me encantó. Tus cartas, de una manera o de otra, me resultan siempre deliciosas porque en ellas se te ve entero, con toda naturalidad y

⁷ De Francisco de Cossío, publicado en Valladolid en 1937. Novela donde se refleja la reacción de la clase media conservadora de Castilla la Vieja ante la República.

⁸ Ed. Jerarquía, Barcelona, 1939.

⁹ Así se lee en el original, pero Parusia no es diosa. El DRAE la define así: «Advenimiento de Jesucristo al fin de los tiempos». Además de este sentido escatológico tiene las connotaciones de «presencia» y «llegada».